

### **Puerto de Atalya**

Onésimo llegó con los carros al puerto de Atalya antes de la primera luna de marzo, cuando las naves aún no habían iniciado sus cabotajes. Procuraba ser el primero en ocupar plaza de estiba en las logias del muelle de poniente.

Filemón de Colosas, su dueño, era persona avisada en los negocios. Por alguna razón incomprensible, había puesto en manos de Onésimo el éxito de aquella empresa en ese año singular, una temporada comercial decisiva que exigía una atención muy cuidadosa: el amo casaba a su hija Armita con el joven Sedas, hijo de Tesalio Varrón. La boda suponía arrancar una buena parte del patrimonio para la dote, y las partidas de vino en botas de badana, los lotes de carne salada de ciervos cazados en los bosques de Pisidia y de novillos de los rebaños propios, las alfombras de lana, tejidas con hilos de fibras tintadas, púrpura y terracota, añil y verde; la partida de lámparas de cobre, los esmaltes varios y las esencias de rosa y lavanda de los soleados campos que descansan sobre las ladera del Tauro para los puertos de Siria y Alejandría suponían –en tales cantidades– un riesgo comercial desmedido. «Demasiada responsabilidad –pensaba Onésimo–, pero el amo no perderá de vista a su Armita ni un día mientras la tenga en casa...»

La casa de Filemón de Colosas no quebraría por un contratiempo, pero no podía tambalearse frente a sus consuegros, estirados y picajosos. Gente de Hierápolis. Por eso el amo Filemón había exigido a Onésimo una atención especial y gastó dinero en protección para el camino. Su fortuna ya había sufrido una mordida importante cuando decidió, después de muchos dolores de cabeza, abandonar el negocio de las medicinas y ungüentos. Fue el padre del amo Filemón quien se inició en los misterios de la mandrágora, la amapola y el jacinto, y los poderes benéficos que despliegan cuando se sabe administrar los jarabes. Pero aquellas plantas mágicas, que habían demostrado su eficacia para proporcionar placeres imposibles, feliz fecundidad a las estériles, alivio en la cirugía, remedios útiles para los enfermos, eran incompatibles con su nueva vida. Pocos años antes había dejado decididamente en manos de Tesalio Varrón y su familia la exclusiva de tan productivo negocio «por un escrúpulo moral que parecía le había venido de repente», como se decía por la ciudad. Pero no le reveló ni una sola indicación sobre las ceremonias y evocaciones de extracción, ni los conjuros y sortilegios precisos para administrarlos: «Ve a Éfeso, busca en el altar de Hécate, señora de la jauría del

Hades, en el templo de Artemisa; ella te dará la ciencia que precisas», fue todo lo que le dijo Filemón a Tesalio Varrón.

Apfia, el ama, al principio no lo entendió. Inexplicable y absurda actitud la de su esposo Filemón. Le perdonaba a él, pero no podía digerir que los frutos del negocio fueran a engrosar las despensas de la desvergonzada Iliria Varrona; a fin de cuentas, una hetaira que presumía de la promiscuidad de su esposo, quien, por hombre, necesitaba de cuatro como ella, según le mentía sin el más mínimo rubor. Se lo repetía de tarde en tarde, enfatizando, y Apfia se salía de sus casillas: «Ahora será esa la que se relama con las póчимas de excitación erótica. Mandrágora de Circe. Puta». Entonces no podía sospechar que acabaría teniéndola por consuegra.

Los amos de Onésimo no habían sido los únicos que tuvieron que cambiar muchos hábitos y despojarse de muchas cosas desde que Epafras, al volver a casa, les habló de Pablo y del Señor Jesús, del Crucificado. Él lo había notado. Desde entonces, las cosas en casa de Filemón se hacían de otra manera.

Onésimo sufría ante tanta responsabilidad. Aquel encargo le venía grande. O al menos así se lo parecía: seis carros de cuatro ruedas, con tiro de cuatro pencos, eran muchos carros, muchos caballos y mucha moneda que proteger. Además, debía asegurar las cargas contratadas en Galacia y que aún tenían que llegar para incorporarse a la expedición para Cesarea. Y, por si fuera poco, contratar el transporte de vuelta a casa con mercancías para Laodicea, Hierápolis y otras villas y aldeas de la Caria y Frigia. Y de vuelta, dos carros más que a la ida, con telas preciosas tejidas con hilos finísimos de más allá de las tierras del Eufrates. Todos esperaban con ansiedad el sándalo, el incienso, paños, sedas y semillas de cereales de las tierras junto al Nilo, así como las noticias de Roma, de Alejandría, Jerusalén y Antioquía, y sobre todo las novedades que de boca de los marineros llegaban de Tarsis y los pueblos próximos a las columnas de Hércules. Pero él llevaría los carros de vuelta. Tenía que demostrarse que podía con cuanto le echaran a la espalda, convencer al amo de que aún podía llegar a más y darle una alegría a Eumates, su padre, que siempre había confiado en él, en sus arrestos para no encogerse ante una dificultad.

Hacia mediados de febrero decayeron los vientos fríos, afilados y penetrantes del Tauro; la suavidad de los aires vespertinos se dejaron sentir más suaves, con un empuje sostenido que excitaba la impaciencia para hacerse a la mar. Al decir de los marineros se avecinaban buenos días para la navegación, pues el vaivén ordenado de las brisas presagiaba vientos de bonanza. Pero era prudente esperar la llegada de las primeras naves imperiales desde Chipre y Seleucia: daban cuenta de la seguridad en las travesías.

Poseidón estaba de enhorabuena, pues Eolo peinaba con tacto la superficie del mar.